El escalón de abajo

La casita seguía en el roble, pero le faltaba el escalón de abajo. El padre de Vera había puesto uno alto a propósito, para que los perros no subieran. A ella, a los siete años, le alcanzaba con agarrarse de una rama.

El hijo de Vera saltó dos veces sin llegar. Ella estaba por alzarlo cuando lo vio ir hacia el cobertizo. Volvió arrastrando un cajón de manzanas. Lo puso junto al tronco y subió solo.

Arriba, sobre un estante, Vera encontró un libro que su padre le había leído en voz alta. Recordaba que él cambiaba el nombre de un personaje cada vez. Creía que lo hacía para hacerla reír. Al abrirlo vio junto a ese nombre dos marcas de lápiz, como las que ella hacía cuando una palabra le costaba.

Su hijo le pidió que empezara por ahí. Vera leyó el nombre tal como su padre lo había dicho la primera vez.